

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE QUE JESÚS AMÓ

Al menos, la pregunta "¿Jesús, ¿era gay"? significa que nos preocupamos por las relaciones personales de Jesús con los otros. Esta pregunta raramente se plantea, en parte debido a una erotofobia cristiana que implícitamente considera las relaciones eróticas como incompatibles, de alguna manera, con la imagen de Jesús como "sin pecado" o incluso como "divino". Aún cuando la posibilidad de una relación erótica esta presente, la pregunta normalmente se confina a imaginar que el compañero de Jesús habría sido una mujer. El popular *Jesucristo Superstar* proponía a María de Magdala como compañera potencial de Jesús, como también lo hizo Nikos Kazantzakis en *La Última Tentación de Cristo*. Alguna especulación mormona antigua incluso ha propuesto una María diferente (de Betania) y su hermana Martha como posibles esposas para Jesús. La respuesta por parte de la Cristiandad, de sus principales dirigentes, a estas sugerencias generalmente ha sido negativa e incluso vehemente.

Sin embargo, si el cristianismo fuera suponer que la sexualidad no es incompatible con el "sin pecado", entonces ninguna razón, en principio, puede proporcionarse para rechazar las ataduras eróticas a Jesús. Entonces la pregunta simplemente se vuelve si las tradiciones acerca de Jesús cuando llegan a nosotros desde la literatura cristiana antigua y sobre todo los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento, contienen evidencia de relaciones íntimas entre Jesús y otras personas.

Una manera de acercarse esta pregunta sería preguntar si se dice que Jesús realmente "ama" a otra persona en estos documentos. El término "amor", sorprendentemente, aparece raramente en las tradiciones sobre Jesús. De hecho el único texto en que se encuentra con alguna frecuencia es el Evangelio de Juan. Este hecho por si mismo puede asombrar a las personas imbuidas en la creencia que el amor está en el corazón del testimonio del Nuevo del Testamento, un punto de vista que no discuto. Quizás más sorprendente aun es que, con una sola excepción, el único Evangelio en que se dice que Jesús ama a alguien, aun **Dios**, para no llegar a decir **a otro ser humano**- es el Evangelio de Juan.

Para estar seguros, el "amor" de Jesús se expresa a otras personas de varias maneras concretas en los otros Evangelios: en su atención al pobre, el hambriento, las muchedumbres, el enfermo, el poseído por el demonio, y así sucesivamente. Pero en su mayor parte, esta expresión es compasión, nunca es llamada "amor" por los otros narradores. Sólo en el Evangelio de Juan tenemos mucho material que muestra la relación de Jesús con las personas que están cerca de él, con lo que podemos calificar de relaciones "interpersonales".

En este contexto se dice que Jesús ama a otras personas. En dos casos (13:1; 14:21), se dice que Jesús ama todos sus seguidores. En un caso, se dice que Jesús ama un

grupo de tres personas: María de Betania, su hermana (Marta), y su hermano Lázaro (11:5). En otros dos casos, se dice al lector que, a la vista de otras personas, Jesús amó a Lázaro (11:3, 36). Sin embargo, no menos de cinco veces (13:23; 19:26; 20:2; 21:7, 20) se menciona al lector un discípulo (varón) que es llamado simplemente *aquel que Jesús amó*.

Claramente entonces, una consideración de las relaciones personales fuertes de Jesús con otras personas debe comenzar con una investigación de esta relación, aun sin usar la pregunta “Jesús, ¿era gay”? como punto de partida. Deberíamos empezar por aquí aun cuando solo nos preocuparan en general las relaciones personales de Jesús o la cuestión de sus vínculos eróticos. Claro la mayoría de las personas no comienza por aquí, para los homófobos y heterosexistas acuerdan con no dirigir la atención a la persona que es descrita explícitamente como el amado de Jesús.

Porque la tradición y el prejuicio han conspirado para ocultar de la mirada del lector al candidato más obvio para una conexión erótica entre Jesús y otro ser humano, tenemos que desarrollar la lectura positiva hacia lo gay de este relación con algunos cuidados.

En capítulo 2, intento mostrar que pueden leerse los textos del Evangelio de Juan que tratan acerca del discípulo amado por Jesús bastante “naturalmente” como que indican una relación homoerótica entre Jesús y otro varón. Intento mostrar que esta lectura es el acercamiento menos forzado a estos textos y que esa lectura proporciona mejor el sentido del texto tal como este se presenta. Los capítulos subsecuentes de la Primera Parte tratan varios problemas que surgen de esa interpretación del texto.

En el capítulo 3, trato una pregunta que la tradición y la academia han formulado a esta conexión, la pregunta de la identidad o el papel que juega el “discípulo que Jesús amó”. El capítulo considera a varios posibles candidatos para esta identidad y papel y nos permite hacernos una idea del número notable de relaciones interpersonales que están presentes en esta narrativa.

Ningún otro Evangelio nos proporciona semejante riqueza de detalles en las relaciones interpersonales en la pintura de la vida y misión de Jesús. Pero esta multiplicidad de relaciones también hace difícil de resolver la pregunta sobre la identidad del discípulo amado.

Aunque en este caso, no podemos, a menudo, saber con seguridad si una relación erótica específica se expresa sexualmente o no, pero si podemos descubrir por lo menos si el contexto dentro del cual tal relación se comunica es inconcebible o improbable la relación sexual. En el capítulo 4, entonces, vuelvo a una consideración de la concepción del mundo del Evangelio de Juan para ver si existen buenas razones para rechazar la posibilidad de la mediación sexual en esta relación. Yo argumento que no las hay.

Porque esta interpretación de la relación entre Jesús y el varón que él amó puede parecer tan inaudita, en capítulo 5 investigo algunas de las maneras en que otros lectores han reconocido el carácter erótico de esta relación.

Finalmente, en el capítulo 6, vuelvo a la pregunta de la importancia teológica y ética de la interpretación de esta relación en clave gay afirmativa. Sostengo que tal interpretación no sólo es útil para los lectores gays de la Biblia, pero también ayuda a clarificar la naturaleza y la relación entre el amor humano y divino.

LOS TEXTOS

Antes de a un esfuerzo por interpretar el material acerca de Jesús y el discípulo que él amó, es necesaria una revisión de los materiales textuales en que tal interpretación está basada. Comenzamos con un estudio de las secciones relevantes del Evangelio de Juan.

La primera referencia a esta figura aparece en última comida de Jesús con sus discípulos. La consideración de Juan (Juan 13-17) es bastante extraordinaria.¹ Es distinta de los otros tres “Evangelios”, o la breve referencia que encontramos en Pablo (1Cor. 11:3-26), nada ocurre relacionado a la institución de la “Última Cena” como una comida a ser celebrada por la comunidad que se uncí luego de la muerte de Jesús. En cambio, encontramos a un Jesús despojado, desnudo y lavando los pies de sus amigos -algo que Pedro considera por lo menos como un tanto indecoroso.²

El único rasgo que este relato tiene en común con otros relatos de la última cena de Jesús con sus discípulos es la referencia a la traición inminente de Jesús por uno de los discípulos. Precisamente en relación con este detalle, encontramos por primera vez que singulariza a uno de los discípulos amado de una manera especial por Jesús.

Al decir Jesús estas cosas estaba turbado en espíritu, y así testificó diciendo: “Amén, Amén, yo les digo que uno de ustedes me traicionará”. Los discípulos se miraban unos a otros perplejos acerca de quien hablaba. Uno de sus discípulos estaba recostado en el regazo de Jesús, el que Jesús amaba; así que Simón Pedro señala con la cabeza a ese discípulo y dice: “Dinos de quién esta hablando”. El discípulo, recostándose en el pecho de Jesús le dice: ¿“Señor quien es”? Jesús responde: “Es el a quien yo daré este bocado cuando lo embeba”. Y al hacerlo se lo dio a Judas, el hijo de Simón Iscariote. (Juan 13:21-26).³

¹ Nos referiremos al autor por el nombre tradicional de Juan, ya que debe usarse algún nombre, dado que otro sería conjetural y confuso.

² Prestamos un poco más de atención a este texto cuando discutimos el problema de no conformidad de del papel del género en la tradición de Jesús (Capítulo 9).

³ He usado a versión inglesa NRSV pero con las modificaciones dónde es necesario para dar un sentido más literal del texto griego.

Este texto es precedido y seguido por la aseveración que Jesús amó a todos los discípulos (13:1, 34). El discurso de Jesús despedida a los discípulos continúa hasta el final del Capítulo 17.

Siguiendo el largo discurso y el relato de su arresto, llegamos al juicio de Jesús. Aquí encontramos un pasaje que, aunque no se refiere explícitamente al discípulo que Jesús amó, a veces es considerado como parte de los datos relevantes:

Simón Pedro y otro discípulo siguieron a Jesús. Ese discípulo reconocido por el sumo sacerdote, entró con Jesús al patio del sumo sacerdote, pero Pedro permaneció de pie fuera a la verja. Así que el otro discípulo conocido por el sumo sacerdote salió, habló con la mujer que cuidaba la verja, e hizo entrar a Pedro. (18:15-16)

Luego sigue el relato del juicio, probablemente, seguido desde afuera por Pedro y “el otro discípulo”. Después del juicio y la ejecución de Jesús presenciamos la escena al pie de la cruz.

Pero allí estaba de pie ante la cruz de Jesús, su madre, la hermana de su madre, María, [la esposa] de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quién amó, dijo a su madre “Mujer, mira a tu hijo”. Luego dice al discípulo, “Mira a tu madre”. Y de esa hora el discípulo la tomó a su cargo. (19:25-27).

El relato de la muerte de Jesús en este texto es notablemente diferente del que encontramos en otras narrativas. Después de que el costado de Jesús fuese traspasado, el relato concluye con esta observación: “Y el que ha visto ha testificado y su testimonio es verdad y sabe que él dice la verdad para que ustedes crean”. (19:35).

Una conjetura razonable, aunque no explícitamente establecida, es que "el que vio" es previamente el identificado como el discípulo que Jesús amó. Pero en este punto la conjetura descansa en el uso del pronombre posesivo masculino (el testimonio de él), ya que el único testigo masculino en la cruz identificado en el texto es el discípulo amado por Jesús.

Luego del entierro de Jesús, tenemos el relato del descubrimiento de la tumba vacía que de nuevo es notablemente diferente de lo que encontramos en los otros Evangelios:

¹El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro; y vio quitada la piedra que tapaba la entrada.

²Entonces se fue corriendo a donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, aquel a quien Jesús quería mucho, y les dijo:

— ¡Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto!

³Pedro y el otro discípulo salieron y fueron al sepulcro. ⁴Los dos iban corriendo juntos; pero el otro corrió más que Pedro y llegó primero al sepulcro. ⁵Se agachó a mirar, y vio allí las vendas, pero no entró. ⁶Detrás de él llegó Simón Pedro, y entró en el sepulcro. Él también vio allí las vendas; ⁷y además vio que la tela que había servido para envolver la cabeza de Jesús no estaba junto a las vendas, sino enrollada y puesta aparte. ⁸Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio lo que había pasado, y creyó. ⁹Pues todavía no habían entendido lo que dice la Escritura, que él tenía que resucitar. ¹⁰Luego, aquellos discípulos regresaron a su casa. (20:1-10)

A continuación hay varias historias de apariciones de resurrección: primero a María Magdalena (20:11-18); luego a un grupo de discípulos en su escondite (20:19-23), ocho días después, a Tomás “el gemelo”, en compañía de los otros (20:26-29). Después en lo que parece una conclusión a la narrativa (20:30-31), encontramos una extensa narrativa de la resurrección que ocupa el capítulo final completo. En esta narrativa oímos de nuevo hablar del discípulo que Jesús amó. Las secciones más significantes de esta narrativa, para nuestros propósitos, se reproducen más abajo (con las indicaciones sumarias de los vínculos conectores).

²Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, al que llamaban el Gemelo, Natanael, que era de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos de Jesús. ³Simón Pedro les dijo:

—Voy a pescar.

Ellos contestaron:

—Nosotros también vamos contigo.

Fueron, pues, y subieron a una barca; pero aquella noche no pescaron nada.

⁴Cuando comenzaba a amanecer, Jesús se apareció en la orilla, pero los discípulos no sabían que era él. ⁵Jesús les preguntó:

—Muchachos, ¿no tienen pescado?

Ellos le contestaron:

—No.

⁶Jesús les dijo:

—Echen la red a la derecha de la barca, y pescarán.

Así lo hicieron, y después no podían sacar la red por los muchos pescados que tenía. ⁷Entonces el discípulo a quien Jesús quería mucho, le dijo a Pedro:

— ¡Es el Señor!

Apenas oyó Simón Pedro que era el Señor, se vistió, porque estaba desnudo, y se tiró al agua. ⁸Los otros discípulos llegaron a la playa con la barca, arrastrando la red llena de pescados, pues estaban a cien metros escasos de la orilla. (21:2-8).

Entonces encuentran en la playa pescado frito para el desayuno. Allí sigue un diálogo largo en que Jesús le pregunta tres veces a Pedro si lo ama. Cada vez Pedro responde afirmativamente y Jesús le dice que apaciente a sus ovejas. Cuando Pedro manifiesta su amor, Jesús le dice que cuando envejezca otro lo conducirá. Lo que el narrador nos dice significa que Pedro también será crucificado. Jesús entonces Jesús dice a Pedro: “Sígueme” (21:15-20).

Volviéndose hacia Pedro ve al discípulo que Jesús amaba siguiéndolos, quién también era el que se apoyó en el pecho de Jesús durante la cena y había dicho, ¿“Señor quién es el que te traicionará”? Pedro al verlo le dice a Jesús,

—Señor, y a este, ¿qué le va a pasar?

²²Jesús le contestó:

—Si quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿qué te importa a ti? Tú sígueme.

²³Por esto corrió entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no dijo que no moriría. Lo que dijo fue: “Si quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿qué te importa a ti?”

²⁴Este es el mismo discípulo que da testimonio de estas cosas, y que las ha escrito. Y sabemos que dice la verdad. (21:20-24)

La narración termina diciendo que Jesús hizo muchas otras cosas.

Esta última aparición del discípulo que Jesús amó se vincula con la primera aparición en la cena y trae ecos de la muerte de Jesús de la que él es un verdadero testigo. Aquí se hace claro que se refirió en 19:35 probablemente al discípulo amado, porque aquí el pasaje declara explícitamente que él es el testigo ocular fiel cuyo testimonio es fundamental a la narrativa del texto.

He citado estos textos largamente para que el lector pueda ver la magnitud del material por el que nos preocupamos exactamente. También he intentado dar una versión bastante imparcial y literal por la misma razón. La interpretación de los textos y las consecuencias de una interpretación homoerótica es materia de los próximos cinco capítulos.

CAPÍTULO 2

EL AMANTE Y EL AMADO

Mientras la pregunta sobre la identidad del discípulo amado y su papel en el texto es un rasgo raro de comentarios en el Evangelio de Juan, poco es lo escrito sobre la naturaleza de la relación entre Jesús y esta persona. Una conspiración de silencio parece rodear esta cuestión. El propio Evangelio pone todo el peso en la naturaleza o carácter de la relación entre Jesús y su amado, en lugar que en el nombre del discípulo o su "función."

El texto deja en claro que entre tantos a quienes Jesús tenía lazos personales fuertes, un discípulo en particular era el amado de Jesús. Junto con la enseñanza de Jesús acerca de la naturaleza del amor de Dios y del amor humano, Jesús demuestra y despierta este amor, solo una persona era "el discípulo que él amó" - el amado para quien Jesús era el amante. Cuando todo esto dicho y hecho, lo que el texto indica que Jesús estaba en este sentido más definido, concreto y íntimo como un amante con su amado. Esto es lo suficientemente notorio, incluso aparte de la información agregada que esta persona querida era otro varón. Sin embargo, este agregado a la información ha servido para "esconder" la relación dondequiera que las presuposiciones homofóbicas o heterosexistas han prevalecido. De hecho las presuposiciones erotofóbicas de la exégesis muy tradicional habrían hecho difícil ver a Jesús como un amante con un amado, aun cuando la amada fuera mujer. Pero los tabúes construidos por la homofobia y heterosexismo han hecho una lectura de la relación entre Jesús y su amado como casi imposible.⁴

En este capítulo intento lo que puede llamarse una lectura homoerótica de la relación entre Jesús y su amado. El objetivo de semejante lectura es ver qué sentido tiene leer estos textos como sugestivos de lo que podríamos hoy etiquetar de homosexual o de relación gay.

Aparte de la naturaleza controversial de tal lectura, deben observarse dos calificaciones. Primero, no voy a sugerir qué práctica sexual, si es que hubo alguna, sirvió para mediar o expresar esta relación. Como es verdad para otras relaciones, si del mismo sexo o de diferente sexo, la información en todos menos los textos pornográficos, usualmente no se entromete en esta esfera. En este capítulo, la lectura gay no significa excluir la pregunta sobre práctica sexual de una manera o de otra. Este asunto nos ocupará en el Capítulo 4.

La otra calificación involucra la mucho más polémica cuestión acerca de la "construcción de la homosexualidad". Las suposiciones acerca de las relaciones homosexuales que están presentes en la sociedad contemporánea no pueden ser

⁴ El tabú no ha sido absolutamente efectivo, como veremos en el capítulo 5.

interpretadas realmente en otras culturas o periodos de la historia. El término “homosexual”, como adjetivo o sustantivo, sólo tiene un siglo de antigüedad. Como sustantivo, el término se refiere generalmente a personas que encuentran satisfacción sexual en las relaciones con personas de su mismo sexo biológico. El estudio cultural e histórico ha mostrado que la clasificación de personas como homosexuales o heterosexuales (o, más recientemente, bisexuales) no tiene virtualmente ningún precedente en la cultura premoderna. Ciertamente el conocimiento de la atracción sexual o la práctica sexual entre personas del mismo sexo siempre existió, pero la manera en que se la comprendió, pensó, poetizó fue en términos bastante diferentes, ya fueren atracción sexual y práctica entre personas del mismo sexo se consideraran obligatorias, preferibles, permitidas, raras o prohibidas.

En el periodo moderno, personas que se sienten atraídas hacia relaciones eróticas con el mismo sexo son a menudo sospechosas de estar en contra de las relaciones “heterosexuales”. Esta presunción no refleja la visión de la mayoría de las culturas y épocas históricas de las que tenemos clara información. Es más, el modelo contemporáneo de relaciones homoeróticas en nuestra sociedad pone el énfasis en las relaciones entre pares. Pero para la antigüedad griega, Japón medieval, y la sociedad tribal melanesia, las relaciones sexuales pederastas, o las que atraviesan las generaciones, eran normativas.

Para nuestro estudio, no debemos interpretar desde los estereotipos de nuestra propia cultura que involucra estructuras, prácticas, o preferencias sexuales. Al mismo tiempo, debemos usar algún lenguaje para identificar el punto de contacto que deseamos tener con otra época o cultura. El relativismo extremo sólo puede producir el silencio del solipsismo cultural. La dificultad que enfrentamos aquí no es diferente a la que encontramos al hablar sobre “matrimonio” o “familia” o “pobres” o “justicia”. En cada caso, las formas modernas de entender estas categorías difieren notablemente de aquellas de otras épocas y otras culturas. Así, sin ignorar o paralizarse por diferencias culturales e históricas, el “punto de contacto” con el texto que buscamos al iluminar es el amor de un varón por otro varón que es “más” que amistad y que no excluye la atracción erótica o la expresión sexual.⁵

Con estas calificaciones en mente, permítannos ahora volver a los textos para ver cómo una lectura homoerótica de los datos que presenta el Evangelio de Juan, tiene sentido.

⁵ Una advertencia extensa antes de proceder: La atracción homosexual en la antigüedad clásica y en la cultura moderna temprana a veces se articuló de manera misógina, a causa de los presupuestos patriarcales y a menudo misóginos de toda la cultura. Uno de las visiones de la hermenéutica feminista es que Jesús se desvió de su cultura derribando estas estructuras patriarcales y misóginas. Así, para leer la relación de Jesús con su amado como una relación homoerótica no hay que leerla como conformista con las estructuras sexistas de alguna retórica homoerótica de la cultura clásica (y moderna).

LA INTIMIDAD

El discípulo que Jesús amó hace su primera aparición en el Capítulo 13. El Evangelio expone este escenario: “Ahora antes de la fiesta de la Pascua, cuando Jesús supo que había llegado la hora de partir de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban con él en el mundo, los amó el fin” (13:1).

Con esto comienza la historia de la última cena de Jesús con sus discípulos (“los suyos”). La escena de esta narrativa continúa hasta el final del Capítulo 17. Cinco capítulos (aproximadamente el 20 por ciento de todo el Evangelio) están involucrados con esta cena de despedida y el discurso de Jesús a sus discípulos.

El tema de esta sección del Evangelio es el amor de Jesús por los “suyos”. Este tema se concreta en la dramática acción simbólica de lavar los pies de los discípulos. En esta acción Jesús se despoja para realizar este servicio menor e íntimo, una acción que va contra los roles de clase y género.⁶ Jesús propone esta acción como modelo de comportamiento entre los discípulos (13:15ss). Para Jesús tal acción es la forma concreta del amor.

Después Jesús habla a los discípulos sobre el significado del amor en su discurso de despedida (Capítulos 14 y 15). A lo largo de esta sección de la narrativa de Juan, lo que está en juego es el amor que une a Jesús a los discípulos y a estos entre sí.

Precisamente en este contexto encontramos “al discípulo amado por Jesús”. Lo hacemos en el único segmento de este material que tiene una semejanza superficial con los relatos de la última cena con sus discípulos en las otras narrativas del Nuevo Testamento, los llamados “Evangelios Sinópticos”. En esos textos, el énfasis recae en el pan y vino y la evidente institución de una comida conmemorativa por la que recuerde la muerte de Jesús y anticipe su retorno. Nada de este énfasis aparece en Juan. En su lugar tenemos la acción del lavatorio de los pies y los discursos.

Pero este relato se conecta a los relatos sinópticos (y paulinos) por motivo de la inminente traición a Jesús a manos de “uno de los doce”. La traición inminente ya se anticipa en 13:2 y se desarrolla, a continuación del lavatorio de los pies, en 13:21-31. Aquí, por primera vez, encontramos la figura del amado.

El contexto en que el varón que Jesús amó se introduce es asombroso. Como hemos visto, toda esta sección del Evangelio se consagra al amor de Jesús por sus discípulos y la manera en que el amor de Jesús sirve como modelo del amor que han de tener entre ellos. Este amor se expresa en el compañerismo íntimo, el servicio mutuo, la amistad, la comprensión, un destino común y compartido, que juntos caracterizan las relaciones de Jesús con todos, con estos discípulos y con aquéllos que a través de ellos serán discípulos.

⁶ Ver Capítulo 9.

Que un discípulo se torne singular en este contexto como el discípulo amado por Jesús es asombroso. Jesús amó a todos los discípulos en la más íntima amistad y en solidaridad sacrificial. El singularizar a uno como amado por Jesús deja en claro que alguna clase de amor está en juego, que el amor que une a Jesús con el resto de sus discípulos. El propio texto sugiere que deberíamos reconocer aquí alguna forma de amor que, ciertamente, no contradice el amor más general de Jesús por todos, pero que lo pone aparte de este amor general. Una conclusión razonable es que esta diferencia nos señala una esfera diferente o una dimensión de amor: amor caracterizado por el deseo erótico o la atracción sexual.

Esta impresión se fortalece inmediatamente cuando consideramos cómo la narrativa describe este amor: "uno de los discípulos de Jesús -el que Jesús amaba- estaba reclinado en el regazo de Jesús... Apoyándose así en el pecho de Jesús, él le dijo..."

En la antigüedad, la postura normal para cenar juntos entre amigos era reclinados en esteras o almohadas. Así todos los discípulos - no pensamos aquí sólo de los doce sino un grupo más grande, incluyendo quizás mujeres⁷, están recostados de esta manera. Pero uno de ellos está en el regazo de Jesús -esto es, acurrucado sobre Jesús. El discípulo se inclina para oír la pregunta de Pedro y luego se recuesta (en el pecho de Jesús) para transmitir la pregunta.

El texto describe la relación de amor en términos de cercanía física e intimidad corporal. Esto se expresa aquí dos veces (regazo, pecho) y se reitera en la última escena del Evangelio cuando el amado es señalado como el que había permanecido en el pecho de Jesús (21:20). El Evangelio pone particular atención a este gesto de intimidad afectuosa como la representación dramática de lo que quiere decir, que este discípulo era, de alguna manera especial, "amado por Jesús".

El amor de Jesús por todos sus discípulos es un amor hasta el fin, una amistad íntima, y al mismo tiempo tiene un amor diferente por uno de ellos. La marca de esa diferencia es la postura de intimidad corporal. Esta intimidad física diferencia el amor de Jesús por este discípulo de la intimidad de amistad expresada en el discurso de Jesús sobre el amor e incluso de la intimidad física expresada hacia todos los discípulos en el lavatorio de los pies. El texto señala a uno de los discípulos como "más que un amigo," aunque él también es amigo. Él es el amado, uno para quien la expresión apropiada de amor es aquella de cercanía física e intimidad corporal.

La narrativa también sugiere que esta relación es aceptada y reconocida por Pedro. Así Pedro asume que el amado tenía, en cierto modo, conocimiento de los pensamientos íntimos de Jesús, mas que él o cualquier otro". Pedro señala al amado con una inclinación. El amado se incorpora para oír la pregunta de Pedro y luego

⁷ Otros Evangelios sugieren la presencia de los doce, pero este grupo no tiene mucho crédito en Juan. La exclusión de mujeres de la comida puede haber sido característica de la tradición de la Pascua judía y de la etiqueta del simposio griego. No obstante nuestro cuadro del comportamiento de Jesús debe considerar que él rompió éstos y otros tabúes asociados.

vuelve a recostarse en el pecho de Jesús para preguntarle más en privado, "¿Quién es?"

En lugar de responder directamente, Jesús le dice que mire al que recibe el pedazo pan que él moja en la salsa. La escena aparece como un pequeño momento de íntima conspiración y de confianza compartida.

Cualquier otra interpretación de la narrativa no tiene sentido así como se presenta.⁸

Consideremos: Pedro supone que el amado sabría, si alguno supiera, la identidad del traidor. ¿Por qué Pedro debería suponer esto? Porque Jesús tiene, en cierto modo, una intimidad con este discípulo diferente de la que tiene con los otros, una intimidad descrita como intimidad corporal. Pedro esboza la comprensible conclusión de que esta intimidad corporal trae consigo un entendimiento mayor de lo que Jesús quiere significar; pero está equivocado. Es decir, la intimidad física del amado no trae consigo un conocimiento especial. El amado no sabe por eso se inclina a preguntar.

Ahora Jesús podría, simplemente, contestar la pregunta, pero esto es algo que él no va a hacer a menudo en los Evangelios. En cambio Jesús juega algún tipo de juego con el amado.

Pero este juego de ninguna manera brinda conocimiento esotérico al amado. El conoce un momento antes que los demás la identidad del traidor.⁹ Este conocimiento previo escasamente constituye una cuestión teológica de peso. De hecho la única importancia que el narrador atribuye a la identidad del traidor es que es "uno de los doce", algo ya anunciado en 6:70. La interacción entre Jesús y el hombre al que ama simplemente subraya la intimidad de la relación de Jesús con el amado. Jesús le dice un secreto insignificante. El secreto simplemente es una expresión de afecto íntimo, precisamente la clase de cosas que Jesús podría compartir con su amado sin comprometer la unidad de este grupo de camaradas.

Jesús revela conceptos importantes en los siguientes discursos: el significado del amor, el destino de Jesús y sus seguidores, el papel del Paráclito, y así sucesivamente. Estos temas son ciertamente importantes, pero ninguno está dirigido al amado. En estos asuntos esta exactamente en un pie de igualdad con los otros. Jesús no tiene favoritos cuando refiere a cuestiones teológicamente importantes.

⁸ Algunos comentaristas ven aquí una inserción en el texto que se integra pobremente en el conjunto del relato. Sin embargo, nuestra preocupación no está en hipotéticas fuentes o redacciones, sino en la interpretación del texto tal como aparece.

⁹ Realmente incluso esta conclusión está en duda por los informes del narrador que "nadie a la mesa sabía" (13:25) el significado de las palabras de Jesús referidas a Judas: "Lo que haz de hacer, hazlo rápido" (13:27). De este modo, si tomamos el texto como está, concluiríamos que el amado también estaba desconcertado por lo que Jesús le había dicho y sólo después evocó el incidente cuando supieron que Judas había sido el traidor.

La introducción del amado deja en claro que el amor de Jesús para con él es diferente de la amistad íntima que caracteriza su relación a todos los otros miembros del grupo. Este amor por el amado se expresa como intimidad física entre amigos. La lectura menos forzada del texto es que además de amar a sus discípulos, Jesús también tenía un amado, para quien él era el amante.

RECONOCIMIENTO

El amado no es individualizado nuevamente hasta la muerte de Jesús en la cruz. Él no se identifica como uno que participa en el diálogo con Jesús acerca de dónde va a ir (10:36ss), tampoco cuando Jesús diserta sobre la naturaleza del amor y la unidad con él, tampoco en la escena de la traición de Jesús en el Huerto, ni parece ser identificado como uno de los discípulos que dan testimonio del juicio de Jesús ante el Sanedrín (18:15ss).¹⁰ Cuando Jesús ya está en la cruz nuestra atención vuelve hacia él.

Los pasajes que nos recuerdan la presencia del amado son tan significantes como los pasajes donde esto no sucede. Él no tiene ningún papel especial en lo referido a transmitir las enseñanzas de Jesús; está en una total equivalencia con todos los otros. Su "particularidad" reside en otra parte. Ni es el único testigo de cualquiera de los eventos importantes de estas fatales veinticuatro horas de la pasión de Jesús.

Incluso aquí ante la cruz él no es el único testigo. Está presente junto a varias mujeres.

Cuatro de los seguidores de Jesús dan testimonio de su ejecución: Su madre, su tía, María Magdalena, y el amado (19:25). La tía de Jesús no es mencionada ni antes ni después. Asoció a su madre con el amado (2:1S). María Magdalena no es mencionada antes pero aparecerá más tarde (20:1-18).

La narración que hace Juan del acontecimiento de la cruz es bastante diferente a la que encontramos en los otros Evangelios. Aquí tenemos tres dichos de Jesús que no se encuentran en los otros. Dos de ellos son bastante breves. Uno, "tengo sed," considerado como cumplimiento de Escritura. El último ("está cumplido") sirve para designar el fin de la misión de Jesús así como el logro del propósito de la misma.

Pero antes de abordar estos dichos de tanta significación teológica para el autor y lector de este texto, nos encontramos con algo digno de destacar. Jesús nota la presencia del amado y de su propia madre. Se dirige a cada uno involucrándolos entre sí: "Mujer, he aquí a tu hijo", y al amado: "He aquí a tu madre".

Más adelante tendremos oportunidad de desarrollar a largamente la cuestión de la relación entre Jesús y su madre en este texto.¹¹ Aquí debe notarse que ella es

¹⁰ Las razones para dudar que el "otro discípulo" de 15:15-16 deba ser incluido entre los textos que contribuyen al conocimiento del amado son dados mas abajo, en pp. 47-53.

¹¹ Ver capítulo 10.

identificada por el narrador como “madre” de Jesús, pero este se dirige a ella solo como “mujer”. Este cambio en la terminología también concuerda con lo que ocurre en la historia anterior de la boda en Caná (2:4). Jesús usa exactamente la misma forma de dirigirse a María que usa para con otras mujeres con las que se encuentra: la mujer de Samaria (4:21), la mujer encontrada el adulterio (8:10), y María de Magdala (20:15). Es decir, Jesús no está indicando sentimentalmente un “Día de la Madre”, en el Evangelio de Juan o, menos aún, en los otros Evangelios.¹²

¿Pero cuál está el verdadero significado de esta escena en la cruz? Algunos imaginan que Jesús desvía la atención sobre él para decir a sus seguidores que ellos han de cuidarse entre sí. Cualquiera sean los méritos de esta edificante reflexión, ella no tiene ninguna base en *este* texto. Si el autor quisiera resaltar esto, omitiendo a su tía y María de Magdala, no parece apropiado. Ciertamente un acercamiento más simple sería decir al grupo en conjunto: cuidense unos a otros.

Si nosotros no podemos leer este episodio como una reflexión edificante sobre el cuidado entre sí de los discípulos o creemos que describe a Jesús solo desde lo sentimental, ¿qué significa realmente?

Si asumimos que Jesús y el amado son amantes, la acción se vuelve un reconocimiento transparente de la relación especial entre ellos, un reconocimiento que tiene el mismo efecto de una clase de compromiso matrimonial. Nuestra interpretación sería más fácil si Jesús hubiera singularizado en cambio, digamos, a María Magdalena: “Mujer he aquí a tu hija,” y a María Magdalena, “He aquí a tu madre”. María de Magdala a sido representada como teniendo una relación particularmente íntima con Jesús, caracterizada por intimidad física, leeríamos el texto bastante fácilmente. Porque si María de Magdala es la amante de Jesús, es, por consiguiente, la hija de su madre (pariente político). Sobre todo esta relación se hace más visible con la muerte del hijo de una y el “marido” del otro. En tal caso por el hijo muerto, la madre toma como su hija a la más íntima en la vida de él. Y la amante toma a la madre del marido como su propia madre. Es decir, ellas se adoptan entre sí. Ya poseemos un modelo bonito de esta clase de relación en la historia de una antepasada de Jesús, Rut, y su suegra, Noemí. Esa historia de amor y lealtad entre dos mujeres se utiliza como texto en las ceremonias matrimoniales (Rut 1:16-17) a pesar de la historia de amor entre personas del mismo sexo allí descripta.

La adopción mutua de suegra y nuera sería la lectura natural del texto si María de Magdala fuera la otra. Pero no lo es. En cambio el varón que Jesús amó se pone ahora en una relación adoptiva con la madre de Jesús. ¿Por qué debemos permitir rasgos de género en el discípulo para esconder el sentido simple de la narración?

El sentido claro de este episodio refuerza nuestra hipótesis acerca de que Jesús tenía un amante o, en terminología antigua más precisa, como el amante de un amado. La relación es descripta en el texto como homoerótica, que reconoce traer consigo una lealtad que tiene consecuencias más allá aún de la muerte de Jesús.

¹² Ver Marcos 3:32-35 y paralelos y Lucas 11:27-28.

Debemos notar que la relación de adopción que Jesús indica es de reciprocidad. Su madre y el hombre que él ama se adoptan entre sí a causa del amor que tienen a Jesús. El hombre no adopta a la madre simplemente para cuidarla y confortarla en su dolor. Lo contrario también podría ser verdad. La madre es "madre" del amado. El carácter de esta adopción deja en claro que no estamos simplemente ante una preocupación por la madre (como la retórica del Día de la Madre) sino de una preocupación por el amado.

Este aspecto del episodio se fortalece cuando recordamos que la manera de identificar a este discípulo enfatiza el hecho de que Jesús lo ama. Así esta escena debe leerse como subrayando no el amor de Jesús por su madre (qué no se sugiere en ninguna parte de este o cualquier otro Evangelio) sino el amor de Jesús por su amado. El papel de la madre y su responsabilidad se expresa primero: "Mujer: he aquí a tu hijo". Sólo entonces Jesús menciona el rol receptivo del hijo: "He aquí a tu madre."

Las instrucciones de Jesús son las más inusuales dado que el Evangelio de Juan dice que Jesús tiene "hermanos" (2:12; 7:2-5, 10).¹³ Uno podría pensar que la madre de Jesús no está sola en el mundo. Ella tiene otros hijos, no menciona a la hermana que estaba su lado en este momento. Ella no tiene ninguna necesidad de parientes o pariente, pero sabe, que además de los parientes de sangre que tiene, recibe a otro hijo -uno que se torna su hijo porque él es el amado de su hijo agonizante. Se la carga aquí con una responsabilidad: ser madre de este hombre porque era el amante (de uno de) su hijo(s).

El amado recibe una madre y de esta manera se torna hijo de la madre de Jesús. Ella lo adopta primero (como un padre debe hacer) y entonces él la adopta.

El episodio concluye que el amado la recibe como su madre. El pasaje parece a menudo traducido como "la llevó a su casa," pero "casa" no se encuentra en el texto. La palabra es agregada por el traductor. Él la tomó "a su cargo" es más literal. Pero especificar casa, familia o algo parecido aquí no es necesario. Según el relato, él aceptó la relación adoptiva que comenzó de hecho "desde esa hora."

"Esa hora" es la hora de muerte de Jesús. Así la relación entre el amado y la madre de Jesús comienza con la muerte de Jesús. Mientras que antes su relación había sido con Jesús, ahora es entre sí. El dolor de la madre por (uno de) su hijo(s) y el dolor del amado por el hombre que lo amó, encontrará consuelo en el cuidado mutuo.

Esta escena también concuerda con lo que señalamos antes acerca de la relación de Jesús con el discípulo que él amaba, a saber, que no era clandestina. La relación era evidente para las personas que más conocían a Jesús.

¹³ Los otros Evangelios también dicen esto. Ver Marcos 6:3 y Mateo 13:55, donde dicen que él tenía hermanas también.

¿Pero por qué tal escena doméstica debe ser registrada aquí en este momento culminante del Evangelio? Tenemos que vértosla de nuevo con esta pregunta en conexión con todos los textos concernientes al amado. Aquí el propio texto sugiere que el evento se registre porque el amado dijo que esto ocurrió y que su testimonio fue aceptado por el escritor(es) de la narración.

El amado también está por primera vez aquí para identificado como una fuente para la recordación que sirve de base a la narrativa (19:35). Específicamente, de lo que el amado da testimonio es que las piernas de Jesús no estaban rotas pero que su costado fue atravesado. Este relato es considerado por el narrador(es) como concordante con la Escritura (19:36-37). Pero detrás de este hecho está el más importante que es que Jesús realmente y de verdad murió. El amado no es ciertamente el único que da testimonio de este hecho, pero él es un testigo.

Pero existe otra razón más importante para qué el episodio entre Jesús, su madre, y el amado pueda ser recordado en relación con el relato de la ejecución de Jesús. Uno de los temas de este Evangelio es que "la Palabra se hizo carne". De hecho, a causa de la importancia de este tema, el Evangelio de Juan llegó a ser aceptado como un antídoto ante el gnosticismo".¹⁴ Que Jesús realmente murió era importante para oponerse a las tendencias gnósticas y docetitas en la iglesia primitiva. La muerte de Jesús según la carne es la culminación de la encarnación (en-carnada) de la Palabra. La escena de su muerte se acentúa entonces por la presencia de su madre según la carne y del amado según la carne. La presencia de madre de Jesús (a quién no se considera ciertamente como un discípulo ejemplar) y la presencia del amado (quién tampoco se singulariza como un discípulo ejemplar) subraya la realidad corporal que también es crucial para la muerte de Jesús.

Pongámoslo otra manera, el amor que es a menudo el tema de este Evangelio no sólo es "espiritual"; también es físico, así como la muerte de Jesús (o su encarnación) no sólo es un símbolo teológico sino también una realidad física, corporal.

También, de esta manera la escena de la cruz remite a la escena a la comida dónde encontramos por primera vez al amado y donde su relación con Jesús fue marcada precisamente por la intimidad física, corporal.

LA TUMBA

El episodio de la tumba no agrega demasiado a nuestra hipótesis acerca de la naturaleza de la relación entre Jesús y el amado. Todo aquí es coherente con la visión

¹⁴ Esta lectura de Ireneo estaba ya establecida a fines del siglo II.

que lo de ellos era una amistad erótica. Pero porque el propio Jesús no está presente, poco en el relato de la tumba complementa la naturaleza de su relación.

La figura principal en el relato de la tumba vacía es María de Magdala a quien conocemos por primera vez por su nombre al ser testigo a la ejecución de Jesús (19:25). Ella encuentra la tumba vacía, y es la que primero anuncia este acontecimiento a los demás. Aunque mientras Pedro y el amado vienen corriendo a la tumba y entran en la misma, ella encuentra a Jesús aquí.¹⁵

La hipótesis de una amistad erótica entre Jesús y su discípulo amado por lo menos sirve para clarificar el texto y “dar vida” a algunos de los detalles de esa relación.

Notemos primero que María encuentra al amado y a Pedro juntos. En el próximo capítulo, vemos que esta parte de la evidencia circunstancial sostiene, aunque no requiere, el punto de vista que el amado es Andrés, el hermano de Pedro. Si son o no hermanos, son, por lo menos, claramente, compañeros. La suposición que la relación de Jesús con el amado era erótica hace la relación entre Pedro y el amado más inteligible. Según el texto, cada uno tiene razones particulares para buscar el compañerismo del otro. El amado ha dado testimonio de la muerte de Jesús. El que busca el consuelo puede encontrarlo aquí. Pedro ha negado a aquel que siguió y amó. ¿Quién más que el querría aliviarse y buscar el perdón de el que era el amado del que él había negado?

La carrera hacia la tumba nos muestra que el amado es más rápido pero que espera a Pedro para entrar. Uno podría suponer que es más rápido porque es más joven. O suponer que espera a Pedro porque aquí, como en otra parte, Pedro se representa como el más audaz (a pesar de su cobardía durante el juicio).¹⁶ Uno puede suponer que el amado también duda porque él todavía está traumatizado por la visión del cadáver sangrante y destrozado de su amante algunas horas antes.

En cualquier caso, Pedro entra primero y ve las vendas y el sudario. El amado entonces también entra (no ve ningún cuerpo desfigurado), ve y cree.

¹⁵ De hecho el papel de María aquí incluso ha llevado a la sugerencia que ella tenía una relación especialmente íntima con Jesús, del tipo de la que esta narrativa reserva para un varón. Esta sugerencia debe estar basada totalmente en el relato de la aparición de Jesús a ella en el jardín, porque en ningún otro lugar ella está representada o nombrada, como teniendo una relación especialmente íntima con Jesús.

Un desplazamiento del amado a María Magdalena parece tener lugar, como si el lector reconociera que algo más íntimo parecería ser señalado por el texto y así construye, desde otra figura del texto, un destinatario más aceptable para esta intimidad.

¹⁶ El Evangelio de Juan es el único que identifica a Pedro como uno de los que estaban en el Huerto, quien tiene una espada con la que intenta defender a Jesús de la policía de Templo (18:10).

Obviamente el amado no es de ninguna manera el único testigo. María es la primera, seguida por Pedro, y luego el amado. El episodio no sirve para establecer una autoridad peculiar del amado, sólo su posición personal como el amado.

Aunque el amado creyó, no es necesariamente ejemplo de fe a seguir. Más bien su estado sirve para hacer inteligible su prudencia a la entrada a la tumba. El amante está muerto, y nada más se espera de él ya que “ellos no conocían la escritura que decía que él debía resucitar de la muerte. ¿Cuál es entonces el objeto de esta “creencia”? Así de lejos, simplemente, que el cuerpo no está en la tumba. María supone que el cuerpo se ha robado o escondido (vv. 11-15).¹⁷

Aun cuando, sobre la base de la tumba vacía, supusimos que el amado “creyó” que Jesús había resucitado de la muerte, esto no lo convertirían en un paradigma para la fe de la iglesia que se identifica como consecuencia, en el episodio con Tomás, como el que cree sin haber visto (20:29).

El episodio en la tumba sirve para confirmar que el amado ni es una fuente independiente de autoridad en la iglesia ni un representante de la iglesia como tal sino un discípulo particular.¹⁸ El discípulo amado parece tener una relación no competitiva con Pedro, el líder de los discípulos. La última escena de la narración confirma esto.

PESCADO FRITO

Llegamos al último episodio del Evangelio de Juan. Todo el capítulo 21 está preocupado por una última aparición de Jesús resucitado.¹⁹ Pedro y algunos de sus amigos, un grupo que más tarde sabremos que incluye al amado, van a pescar. Un extraño misterioso les da instrucciones desde la orilla acerca de la ubicación de sus redes. Al dar la táctica un éxito aplastante, el amado reconoce al extraño como Jesús (v. 7) y trasmite esta información a Pedro. Este se pone su ropa para nadar hacia la orilla mientras que los otros lo siguen con el bote, ahora cargado con pescados.²⁰

¹⁷ Debemos notar que la aserción que la falta de entendimiento acerca de la resurrección atribuida tanto al discípulo amado y como a Pedro hace difícil de suponer que el amado se identifique con Lázaro que ya había sido resucitado.

¹⁸ La pregunta sobre el papel del discípulo amado se aborda nuevamente en el próximo capítulo.

¹⁹ El capítulo también se considera usualmente como una especie de apéndice del Evangelio, que parece terminar naturalmente al final del capítulo 20.

²⁰ Una historia similar aparece en Lucas 5:4-11.

La escena concuerda con la descripción del discípulo amado y de Pedro que encontramos en el material precedente. Ellos aparecen regularmente juntos como compañeros, como en la escena de la cena del capítulo 13 y en la de la tumba del capítulo 20. Como en la escena de la tumba, Pedro actúa precipitadamente (aunque extrañamente; se pone su ropa para nadar, aunque esta acción puede estar más bien motivada por la llegada a la orilla que por la natación). El amado se rezaga ante Pedro en este caso -como también lo había hecho a la entrada de la tumba- a pesar del hecho que se dice que es el primero en reconocer a Jesús, como también fue el primero en llegar a la tumba.

Aquí, como en todas las historias de apariciones de resurrección, algo es bastante extraño sobre el reconocimiento de Jesús. Es decir, nunca se reconoce inmediatamente a Jesús, ni en su Evangelio, ni en cualquiera de los otros. Siempre es necesario inferir la identidad del misterioso extraño. En el caso de esta narración, esta inferencia ha estado basada en la profesión de un nombre (20:16), la demostración de sus heridas (20:20, 27), o, en este último episodio, por el resultado de sus instrucciones. Por consiguiente, que el amado también no lo reconozca directamente sino sólo por inferencia Jesús no está fuera de lugar, con estas características de las narraciones de apariciones.

Sigue un diálogo largo, o más bien un interrogatorio de Jesús a Pedro, consistente en una pregunta repetida tres veces: “Pedro, ¿me amas?” Cada vez Pedro respondía afirmativamente, y cada vez Jesús le encarga el cuidado y alimentando de sus ovejas. Como consecuencia consideramos el vocabulario del amor a lo largo del Evangelio, pero aquí debemos notar que la pregunta que se dirige a Pedro es concerniente al amor de este por Jesús. (La triple pregunta puede corresponder a la triple negación de Pedro durante el juicio). Este acercamiento contrasta con la designación del discípulo amado, no como alguien que amó a Jesús sino como aquel a quien Jesús amó. En este último capítulo, se lo nombra dos veces de esta manera (vv. 7, 20).

El diálogo entre Jesús y Pedro concluye con un proverbio sobre la vejez, que el narrador reinterpreta como si predijera la crucifixión de Pedro. Esta muerte es el contenido de la última orden a Pedro: “Sígueme.”

Es aquí que encontramos nuevamente al hombre que Jesús amó:

“²⁰Al volverse, Pedro vio que detrás venía el discípulo a quien Jesús quería mucho, el mismo que en la cena había estado a su lado y le había preguntado: “Señor, ¿quién es el que te va a traicionar?”²¹ Cuando Pedro lo vio, preguntó a Jesús:

—Señor, y a este, ¿qué le va a pasar?

²²Jesús le contestó:

—Si quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿qué te importa a ti? Tú sígueme.

²³Por esto corrió entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no dijo que no moriría. Lo que dijo fue: “Si quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿qué te importa a ti?”

Comparado con Pedro, el amado claramente juega un papel muy menor en este episodio. De hecho está absolutamente callado y pasivo salvo por el reconocimiento inicial de Jesús y su “espera” mientras Pedro y Jesús hablan.

La última aparición del amado evoca la primera en el Evangelio y recuerda al lector su intimidad con Jesús, indicado por la proximidad física y la actitud afectuosa. Así el ciclo de textos acerca del discípulo que Jesús amó llega a un cierto cierre.

Una vez más nos recuerda la relación entre este discípulo y Pedro. El discípulo amado le había dicho a Pedro la identidad del misterioso extraño. Aquí Pedro expresa solicitud hacia el amado de Jesús. De esta manera podemos decir que Pedro está, en cierto sentido, empezando la tarea que Jesús le había encomendado: cuidando a aquéllos quienes Jesús había cuidado. En todo caso la relación íntima entre Pedro y el amado es un rasgo constante de estos textos.

Pero Jesús aquí interdicta este cuidado de Pedro para con el amado, aclarándole que aunque cargue con la responsabilidad por los otros (las ovejas), no tiene la misma responsabilidad con el amado (“¿a ti qué te importa?”). Jesús se hace responsable por el destino del hombre que ama. Una vez más el amado es distinguido de los otros que son confiados al cuidado de Pedro. Su relación especial con Jesús permanece.

Ninguna tarea se da al amado que lo pondría en competencia con Pedro, el destino del amado simplemente es preocupación de Jesús.

"Los hermanos" piensan que el amado, cualquier cosa que ocurra al resto, debe permanecer vivo hasta el retorno de Jesús -entendido aquí como la consumación de la misión de Jesús en el reino de la justicia y la alegría en la tierra. Se disputa la interpretación del texto, pero para nuestros propósitos que "los hermanos" hayan imaginado que el amado esté bien protegido del daño, y sea uno de los que dará la bienvenida a Jesús en su retorno, es significativo.²¹

La historia es de nuevo absolutamente inteligible del punto de vista de una interpretación homoerótica de la relación entre Jesús y el amado.

Esta relación personal no parece ser una relación que traiga consigo alguna misión especial o responsabilidad al amado. La tarea de servir como lo hizo Jesús es para

²¹ En 2:12, el texto claramente distingue los hermanos de los discípulos, y éste también puede ser el significado de 7:3-10. en ese caso, entonces los hermanos aquí no quiere decir los discípulos sino específicamente los hermanos de Jesús. Cómo vienen a tener relación con el destino del amado es entendible, dado que este se ha tornado un hermano a través de la adopción de la madre de Jesús en la cruz.

La confusión por parte de la preocupación de los "hermanos"; el significado de lo dicho por Jesús sobre el hombre que amó es una indicación fuerte de la historicidad de esta figura. Vea capítulo 4.

todos los discípulos enviados, así como Jesús fue enviado (20:21). Si alguno tiene una competencia “oficial” ese discípulo es Pedro, “cuida a mis ovejas” (21:15-17). El papel del amado no es de ninguna manera “oficial”. No es “el alumno favorito”, menos aún el sucesor designado. La “particularidad” de la relación es completamente “personal”.

Hemos visto que esta relación no es una relación “oculta”. Pedro la da por sentada. La relación se expresa en el despliegue público de intimidad afectiva ante todos los discípulos, y Jesús la da a conocer públicamente cuando está muriendo. Precisamente al reconocer el objeto del amor erótico de Jesús hace creíble que el amado tenga el rol personal de esperar su retorno.

De hecho la preocupación de Pedro por el amado es simplemente lo que podríamos esperar si Jesús y el amado fueron "amantes". El amor de Pedro por Jesús tan manifestado se extiende para incluir naturalmente al amado de Jesús. De esta manera, la comprensión de Pedro puede aceptar la relación de Jesús y el amado. El amado no es candidato para ocupar la posición oficial de Pedro, y Pedro no es un candidato para el papel del amado. Debemos notar que esta situación sería diferente si el "amado" simplemente fuera, en un sentido homoerótico, el "favorito" de Jesús. En ese caso se esperaría que Pedro no sólo quisiera ser el líder de los discípulos, pero también el favorito de Jesús. Pero si el amado no es el "favorito" en este sentido general sino en un sentido erótico, el rol de Pedro no se ve amenazado por el amado. Pedro no tiene ninguna necesidad de desafiar el lugar del amado sino que es libre para aceptar y honrar la relación, como el texto sugiere que lo hace.

Las líneas finales del texto sirven para apoyar la impresión que el testigo verdadero de 19:35 es el amado, como supusimos. Claramente el testigo fiel parece ser el amado, pero este lugar no le confiere una autoridad diferente. De hecho es testigo de la autoridad de Pedro y su vocación. Nada más se exige de él.

Los editores anónimos ("nosotros"), sin embargo, desean clamar que su texto proviene de una u otra manera del testimonio e incluso la escritura de este mismo amado. Una comunidad, entonces, compila un Evangelio usando las recolecciones y el testimonio de uno llamado al parecer “el discípulo Jesús amó”. Que el texto no busca identificar esta figura o ponerla en una posición de autoridad particular entre los discípulos, es notorio. Simplemente es el amado de Jesús.

CONCLUSIÓN

Una lectura íntima de los textos en que el discípulo amado aparece apoya la hipótesis que la relación entre él y Jesús puede entenderse como la de los amantes. Sucede que Jesús y el amado son varones, significa que puede decirse que su relación es, en

términos modernos, “homosexual”. Pero el énfasis principal recae en la relación de amantes, no en el género de los amantes.

Nada hay en el texto que muestre una forma específica de sexualidad en esta relación, esto es algo bastante normal en la literatura de este tipo. Lo que se juega aquí es simplemente que eran amantes. No se nos dice si “tienen sexo”, como lo tienen, así como no sabemos sobre las prácticas sexuales, si hubiera alguna, de Pedro y su esposa, o aquéllas de María y José. Si los amantes son del mismo o de diferente género, las prácticas específicas que celebran su intimidad personal y física son estrictamente personales, no materia de despliegue literario o curiosidad erudita.